

contendiendo con la política de los Privados; y del Quevedo humanista y filólogo, queda trazado un esquema preliminar de esa obra tan deseable que, por supuesto, Lida puede hacer.

Se aprietan en los dos ensayos iniciales de *Letras hispánicas* una serie de valiosas y originales ideas para elaborar una teoría de la poesía. Son los titulados "Condición del poeta" (vista, sutilmente, a través de sus enemigos) y "Kierkegaard y la poética actual", complemento del anterior. Las breves recensiones con categoría de ensayo comprimido que completan el índice (J. R. Jiménez, Mistral, Henríquez Ureña, Borges, Mansilla, Machado) contribuyen a dar densidad y amenidad a la tercera y última parte del libro. Hay en el breve estudio de Borges materia suficiente para un ensayo muy urgente y solicitado. Borges es, hoy, el ejemplo máximo del *ostinato rigore* tan parco entre letrados y escritores hispánicos.

Sólo una sugerencia, que no llega siquiera a la categoría de reparo, haríamos a Raimundo Lida. En ediciones posteriores, si el libro las consigue, pues merecimientos tiene para ello, debiera dejar fuera el estudio comparativo de las traducciones de Quevedo y Fernández de Eyzaguirre a la *Introduction à la vie dévote* de Francisco de Sales. Parece más apropiado para una edición crítica de la obra del santo. Nuestra sugerencia se basa en el criterio selectivo expresado en el prólogo de *Letras hispánicas*, donde se justifican inclusiones y exclusiones. "Negándoles la entrada —dice Lida— [a artículos enteros] he querido, más que desautorizarlos, reservarlos para mejor oportunidad."

Por lo demás, el reparo es nimio. *Letras hispánicas*, como fruto de una docencia experimentada, un rico acervo cultural y una sensibilidad de primer orden, sumerge al lector de lleno en la problemática literaria, conforme éste avanza por su denso contenido, despertando toda clase de sugerencias y meditaciones. Fruto de selección y solera, satisface y estimula simultáneamente. Acaso Lida nos ofrezca, en breve, una segunda parte con aquellos materiales que, según nos confiesa, ha dejado fuera en espera de otra ocasión editorial.

SEGUNDO SERRANO PONCELA

Universidad Central de Venezuela

SERGIO FERNÁNDEZ, *Ensayos sobre literatura española de los siglos xvi y xvii*, México, UNAM, 1961; 237 pp. (Col. Facultad de Filosofía y Letras, 54).

Once ensayos forman este libro. Diez son en total los autores o asuntos literarios de la Edad de Oro española estudiados en ellos.

Tienen estos ensayos una intención interpretativa, ya sea del sentido profundo de determinadas obras clásicas, ya sea de la personalidad o estructura intelectual y afectiva de ciertos escritores de aquellos siglos. Aunque el crítico generalmente extiende sus comentarios a las circunstancias (sociales, políticas, espirituales, etc.) que rodearon a los textos o autores tratados, lo hace sin apartar nunca la vista de los textos mismos, incidentalmente. Hay en él, por otra parte, un propósito claro de despojarse de todo prurito de erudición, con el fin de entregarse libre, ingenuamente a la lectura de poemas, comedias, novelas, compuestos hace tres y cuatro siglos, y de gozarlos —por decirlo así—, en su estado de pureza, explotando por cuenta propia su más recóndito sentido, hurgando en lo escrito para percibir aun las más sutiles sugerencias, las más ocultas significaciones, haciendo gala de una audacia inteligente y de una mantenida sinceridad. Naturalmente que el crítico, si bien se muestra desdénoso de cualquier erudición que pudiera auxiliarlo en la labor emprendida, se apoya en la cultura literaria vigorosa que indudablemente posee.

Sergio Fernández quiso valerse en sus once ensayos de un hilo temático común —el amor— para, tirando de él, desenmarañar el misterio que cada obra o intimidad espiritual del escritor observado ofrecía a sus ojos. Sus ensayos, pues, se apartan de la forma de crítica más generalizada y admitida en nuestros días —la estilística— para, en cambio, transitar por vías que prometen conclusiones menos objetivas. La técnica de análisis basada en observaciones de tipo psicológico, tan de moda en el primer tercio de este siglo, aún es capaz de lograr, manejada por un crítico tan sagaz como Sergio Fernández, resultados admirables. Con todo, cabe apuntar aquí que su afán de enfocar a todos los autores estudiados con una misma luz, la del amor, no está siempre justificado, y en algún caso, como puede verse en el ensayo sobre Alfonso de Valdés, por ejemplo, se nota forzado. Tal vez Sergio Fernández subcientemente haya advertido esto al reunir los once ensayos para publicarlos en un libro, ya que la palabra amor, que figura en todos los títulos dados a los ensayos, no consta en el título general del libro, cosa que hubiera sido lógica.

Una crítica de naturaleza tan subjetiva como la que ejerce Sergio Fernández sólo es válida en la medida que el crítico esté dotado de cualidades de inteligencia y sensibilidad de auténtico valor. Nunca podrá constituir una escuela crítica de reconocida utilidad en sí misma, porque al crítico que la practica no le neutraliza en ningún momento ni un método riguroso ni una mecánica de trabajo previamente establecida. Por el contrario, su personalidad está siempre en plena evidencia. Y es por eso por lo que el hombre de letras de

acusado carácter, muy celoso de su libertad intelectual, seguro de sí mismo en cuanto a su congénita capacidad de discernir y precisar matices y calidades estéticas, difícilmente puede sujetarse a una labor crítica de resonancia más impersonal. Por fortuna, los casos en que las dotes del crítico justifican sobradamente ese tipo de análisis literario no son infrecuentes. Y el de Sergio Fernández es, sin duda, uno de ellos. Bien sea para aceptar o refutar lo que dice, lo cierto es que cada uno de estos once ensayos enriquece con notable esplendor la idea que del texto o del autor tratado teníamos ya formada. Y con frecuencia nos asombra la finura, la profundidad de su percepción o la precisión con que nos conduce a través de las palabras de Fernando de Rojas o de Quevedo a una maravillosa recámara, hasta entonces oculta a nuestros ojos, dentro del recinto de la *Celestina* o de los *Sueños*.

Si la capacidad de síntesis de Sergio Fernández nos admira cuando expone en "El amor condenado" el conflicto amoroso de Calixto y Melibea, trazando con nítida justeza los procesos psíquicos que mejor explican el carácter de los dos amantes, en el siguiente ensayo, "El amor transferido", nos da una magistral interpretación de Celestina, la alcahueta, y de sus actividades como tercera. El crítico, incitado por algunas palabras que Fernando de Rojas pone en boca de la vieja y por ciertas situaciones vividas por ella en la *Tragicomedia*, descubre otros móviles de carácter espiritual que, además del lacayuno móvil del dinero, dan a este personaje una poderosa grandeza heroica. Y así nos muestra Sergio Fernández cómo Celestina transfiere en Melibea y también en Calixto, otras veces en Areusa o en Pármeno, "el placer que ya para sí misma no puede cumplir".

"El amor heroico" es uno de los más hermosos ensayos que ha escrito Sergio Fernández. Traza en él la semblanza de Garcilaso, fundándose en algunos datos de su vida y, sobre todo, en su poesía. La imagen que el crítico nos da del poeta toledano se opone a la más tradicionalmente aceptada, a la del prototipo del *cortesano*. A los atributos fundamentales que ha de poseer el cortesano ideal, tal como en el libro de Castiglione se le describe, enfrenta Sergio Fernández algunos rasgos, no de la apariencia, sino de la intimidad de Garcilaso, los cuales se le revelan al crítico muy distintos y aun contrarios a aquéllos. Si bien la semblanza de un hombre pretérito se presta a múltiples interpretaciones gratuitas, ésta, hecha con una admirable delicadeza, al tiempo que con notable firmeza de trazo, hemos de considerarla —independientemente de nuestra propia percepción del poeta— perfectamente válida, armoniosamente ajustada a lo que de algunos versos de Garcilaso se trasluce. En ningún momento

tenemos la impresión de que el crítico ha buscado de antemano asombrar al lector presentándole un Garcilaso completamente distinto al que creía conocer. La impresión del lector es, en cambio, que Sergio Fernández ha profundizado más en el carácter del poeta que otros críticos, y que se ha acercado más a su verdadera realidad.

En "El amor estéril" Sergio Fernández lleva a cabo un análisis penetrante del *Diálogo de Mercurio y Carón* de Alfonso de Valdés, exponiendo con aguda claridad el mecanismo intelectual, los motores afectivos e ideológicos que impulsaron a Valdés a escribirlo: la clarividencia del humanista respecto a la realidad de su tiempo y de su patria; su afán de sentar nuevas bases para la política europea —fundadas en la de Carlos V— sobre los escombros a que su crítica pretende reducir el presente político, religioso y social de la Europa no española de entonces; y, en fin, el fracaso práctico, didáctico, que ese libro al cabo fue. Fruto del amor del humanista a las ideas de Erasmo, a España y al emperador, el *Diálogo* resultó, a juicio del crítico, estéril; sólo por su lenguaje, tan dúctil, tan expresivo —termina diciéndonos enfáticamente—, "España no lo arrojó a la basura".

"El amor imaginado" es el título de un ensayo que trata de *La Dorotea* de Lope de Vega. El crítico insiste en el permanente nivel humano en el que Lope coloca a sus personajes, y considera a *La Dorotea* "la primera obra española que nos enseña al amor como un proceso, y, además, desde dentro. En ello, en su concepción y su enfoque, está el valor que entraña, pues abre de par en par el camino que conducirá al ser humano hacia la posesión gradual de sí mismo, de su compleja interioridad".

Para escribir su ensayo "El amor divino", Sergio Fernández obtiene el material necesario de los capítulos xx y xxi de la tercera parte de la *Historia de la Orden de san Jerónimo*, obra de fray José de Sigüenza, en los cuales el fraile jerónimo da pormenorizada cuenta de lo que fue la prolongada y doliente agonía del rey Felipe II en su celda del monasterio de El Escorial. Sergio Fernández reconstruye aquí el retrato final del monarca, al tiempo que esboza también el del fraile cronista, que observa con suma atención cada detalle del proceso de descomposición del regio cuerpo todavía vivo, y extiende esa doble imagen hasta querer representar con ella un aspecto de la España que nace al siglo xvii. En este excelente ensayo, la hondura crítica de Sergio Fernández, su destreza analítica de sobra probada a lo largo del libro entero, se hallan complementadas admirablemente por el lenguaje y por la intuición del artista que es también este joven profesor de la Universidad Nacional de México, como

puede apreciarse en estas palabras dedicadas al escrito de fray José: "El relato alcanza y sostiene una diabólica minuciosidad que se cimenta en la delectación que ofrecen los padecimientos del real y extraordinario enfermo. Es, de hecho, el diario íntimo e inconscientemente sincero en el cual el espíritu paradójico de un fraile exhibe, aunados, la piedad cristiana y el sadismo, la caridad y el sentimiento de lo cruel, la obligada —y probablemente auténtica— actitud de misericordia y la posición irreflexiva de inevitable morbosidad".

En "El amor bestial" intenta Sergio Fernández una caracterización del pícaro español de la Edad de Oro, no fijándose en la personalidad de cada pícaro en particular, sino en ciertos rasgos más o menos comunes a todos ellos, y atendiendo sobre todo a su concepto y a su sentimiento del amor. Se trata, pues, de la única caracterización abstracta hecha en todo el libro, y el ensayo no logra tal vez la misma calidad que los ya comentados.

Por último he de referirme brevemente a un ensayo más: "El amor propio". En él vuelve a percibirse bien a las claras la inteligencia del crítico, su sagacidad, su audacia, y se pone otra vez de manifiesto el buen arte analítico-narrativo que posee. Nos comunica en este ensayo, a un ritmo cada vez más intenso, sus reflexiones sobre las motivaciones que norman la conducta de dos personajes fundamentales de Tirso de Molina, para llegar al cabo a una conclusión coherente con el pensamiento expuesto, que es al mismo tiempo bastante paradójica. En este ensayo se propone Sergio Fernández dos cosas: comparar el carácter de don Juan Tenorio con el de Mireno, el héroe de *El vergonzoso en palacio*; y descubrir por medio de esa comparación cuál es la idea del amor que rige el movimiento dramático de los héroes de Tirso. Tras de señalar las más obvias diferencias de carácter que existen entre don Juan y Mireno, escudriñando más y más en sus respectivas intimidades, acaba el crítico por hermanarlos, al descubrir como el más acendrado afecto de ambos el amor propio, que se manifiesta en uno y en otro a través de síntomas y situaciones tan opuestos. Y detrás de esos dos caracteres gemelos en el fondo, Sergio Fernández se topa con su creador, Tirso de Molina, que le revela su desengañado concepto del amor humano.

En "El desamor", "El amor enredado" y "El mal amor" se ocupa respectivamente de los *Sueños* de Quevedo, del teatro de Ruiz de Alarcón y del de Calderón de la Barca, todo ello con mucha brillantez.

El análisis sutil sobre el que está construido cada uno de los ensayos de este libro, lleva a Sergio Fernández en cada caso a formular una conclusión, que, si bien —como líneas atrás decía— es

perfectamente coherente con las premisas sentadas por el propio crítico y es además verosímil de suyo, no deja en muchas ocasiones de asombrar al lector, de parecer demasiado aventurada. Desde luego, toda crítica que va más allá de la formulación de datos externos, periféricos al fenómeno literario en sí, es discutible. Pero si una de las funciones primordiales de la crítica literaria es explorar recónditas significaciones posibles que una obra de arte tiene necesariamente, y buscar, merced al contacto directo del lector avezado con dicha obra, nuevas perspectivas de enfoque para dotarla de luz más rica y amplia, es preciso reconocer que dicha función está cumplidamente lograda en los ensayos de Sergio Fernández. Gracias a ellos se renueva la fe del lector de este género literario en una crítica exenta de esa excesiva prudencia, de ese quisquilloso rigor metódico, de esa insulsa evidencia, a la que se le suele dar un rango académico preferente sobre esta otra más libre, más audaz y —cuando el crítico tiene el vuelo intelectual de Sergio Fernández— mucho más permanente.

Luis Ríos

Facultad de Filosofía y Letras.

ENRIQUE MORENO BÁEZ, *Nosotros y nuestros clásicos*. Editorial Gredos, Madrid, 1961; 177 pp.

Es bien pobre en nuestro medio español e hispanoamericano la literatura didáctica aplicada al castellano y al arte literario. Basta examinar los programas de ambas materias, para darse cuenta del atraso con que son presentados los temas. En la escuela se vive una rutina nefasta, apenas salvada por unos cuantos profesores de buena voluntad o bien informados. El mal no es moderno; viene de lejos, de muy lejos, diría yo desde los tiempos de Nebrija. El prestigio de la primera gramática contribuyó a esta nefasta desorientación. De esto ha hablado, con ciencia y hasta con paciencia, Samuel Gili Gaya. Giner de los Ríos insistió muchas veces en la necesidad de cambiar casi radicalmente los métodos de enseñanza de la literatura y del español. El gran maestro dijo y volvió a decir: "Debemos enseñar literatura y no historia de la literatura; debemos enseñar español y no gramática". Su prédica, muchas veces realizada con ejemplos vivos, no abrió ningún surco. Después varios maestros han insistido en el tema. Por ahí están los libros de Américo Castro, de Pedro Henríquez Ureña, de Amado Alonso. Comentarios vienen y comen-